

– «FINLAY: médico cubano nacido en Camagüey, Cuba el 3 de diciembre de 1833, descubridor del medio de transmisión de la fiebre amarilla».

– «FIEBRE AMARILLA: enfermedad epidémica (plaga pestilencial) cuyo agente transmisor el mosquito «aedes aegypti», fue descubierto por Carlos J. Finlay».

– «DÍA DE LA MEDICINA AMERICANA: 3 de diciembre, natalicio de Carlos J. Finlay, descubridor del medio de transmisión de la fiebre amarilla».

FINLAY EN LA HISTORIA DE LA MEDICINA

Señor Presidente del XIV Congreso Internacional de

Historia de la Medicina.

Señores delegados. Señoras y señores:

Nunca en mejor ocasión ni en más propicia oportunidad que ésta en que se reúnen los historiadores de la medicina, las máximas autoridades de esta especialidad para llegar a conclusiones definitivas sobre aquellos casos en que a pesar del tiempo transcurrido, de los acuerdos terminantes de los congresos internacionales, regionales y nacionales de medicina, se sigue discutiendo, se sigue ignorando, se sigue negando la evidencia, y hasta se ha llegado a blasfemar. Hora es ya de que la Sociedad Internacional de Historia de la Medicina, como centro motor organizador de estos congresos donde se agrupan los representantes de la historia de las Ciencias Médicas de los distintos países del mundo, aborde estos problemas para llegar al fondo de los mismos, a una base sólida, fidedigna y permanente de todos los trabajos de los escritores, de los investigadores, los autores de diccionarios, los médicos y periodistas, a fin de evitar lo que está sucediendo frecuentemente, de que el nombre, la obra y la gloria de un científico de cualquier nacionalidad, se ponga en entredicho, entre las sombras de la duda, y se les niegue de una manera injusta, apasionada, interesada y calumniosa. La difamación daña a la ciencia médica tanto como a la víctima propiciatoria.

Precisamente son estos congresos los llamados a establecer normas, juzgar desapasionadamente las obras, y disponer, valorizándolas con justicia, la incorporación de sus méritos y realizaciones a las páginas de la Historia de la Medicina de aquellos nombres que por sus obras merecen figurar en ella.

Y cuando como organismo supremo adopta acuerdos consagratorios en relación con un médico, con un científico, con un descubrimiento, con una investigación, lograr que tan alto consenso histórico los ponga a cubierto de renovadas elucubraciones, suscitando polémicas y estableciendo controversias que en definitiva no conducen más que a confundir a la opinión pública sobre los merecimientos de hombres que lo dieron todo por el bien de la humanidad.

Sabemos que los grandes progresos de la ciencia médica se conquistaron a costa de grandes sacrificios. Sabemos que la generalidad de las poblaciones no concebían muchas de las medidas establecidas en su época para protegerlas de los males epidémicos; se acusó a Jenner de inocular la viruela cuando lo que pretendía era prevenir al ser humano de esa terrible enfermedad; se acusó a Pasteur de que en vez de evitar la rabia la inoculaba; se acusó a Finlay de locura cuando apuntaba que el mosquito era el agente de transmisión de la fiebre amarilla del enfermo al hombre sano...

Esos sacrificios hay que soportarlos teniendo en cuenta el medio en que se vivía, el lastre de la ignorancia, donde predominaba la tradición arcaica de los mágicos y de los brujos, de los curanderos y de los hombres providenciales; pero a la larga la verdad y el progreso se abrían paso a impulsos de las investigaciones y los experimentos científicos, que podían haber tenido sus fallas iniciales, que después nuevas experiencias, técnicas y descubrimientos perfeccionaban en beneficio de la colectividad doliente.

Lo que no es concebible es que al juzgarse a los grandes hombres de la medicina del pasado, a los que de una forma u otra contribuyeron a señalar el camino de sus básicas conquistas, estemos juzgándolos, analizándolos y hasta a veces, vituperándolos. Sabemos que en todas las épocas las pasiones predominan. Sabemos que toda obra tiene sus grandezas y sus miserias, pero para eso está la historia que juzga imparcialmente los hechos, para situarlos en su justo medio, para darle a quien le corresponde el mérito y reconocerlo plenamente. Lo que debe evitarse, lo que no debe continuar como práctica viciosa en las ciencias médicas, es el constante ataque, la frecuente censura, la permanente negación gratuita y falsa de los propios valores consagrados.

Y como máximo tribunal que son los congresos que convoca esa benemérita institución de carácter mundial, la Sociedad Internacional de Historia de la Medicina, venimos procedentes de una lejana isla antillana, la República de Cuba, para reiterar, una vez más, los mereci-

mientos de uno de los grandes hombres de ciencia, indiscutible benefactor de la humanidad, que nació en la patria cubana, aunque su obra científica se rewertió al mundo expandiendo sus beneficios por doquier, sin prejuicio racial alguno, sin distingo nacionalista y con el elevado y noble propósito de librar al mundo de uno de sus más terribles azotes: la fiebre amarilla.

|

DR. CARLOS J. FINLAY

Carlos J. Finlay, médico cubano, nacido en Camagüey el 3 de diciembre de 1833 y muerto en La Habana el 20 de agosto de 1915, dedicó casi toda su existencia a la investigación de la fiebre amarilla que tantas víctimas ocasionaba en el mundo entero, y muy especialmente en las Américas. Sufriendo burlas y desdenes de sus contemporáneos, logra determinar que la existencia de un agente intermediario entre el hombre enfermo y el hombre sano era la causa de la infección amarilla y deduciendo hechos, por las observaciones, por los análisis, por los exámenes de los propios enfermos, por la forma y manera que se producían los brotes epidémicos, logró determinar que un tipo de mosquito, el que clasifica debidamente entre las numerosas variedades existentes, el *Culex Mosquito* que después se denomina *Stegomyia Fasciata* y por último *Aedes Aegypti*, como el vehículo transmisor de la fiebre amarilla del enfermo al sano.

En el año de 1879 llegó a La Habana una Comisión del Consejo Nacional de Sanidad de los Estados Unidos, para realizar estudios sobre la fiebre amarilla. Dicha Comisión estaba integrada por los doctores Stanford E. Chaillé, como presidente; George M. Sternberg, como secretario y bacteriólogo; Juan Guiteras, patólogo; coronel Thomas S. Hardee, ingeniero sanitario y Rudolph Matas, como escribiente y el señor Abraham Morejón, como auxiliar. El Gobierno español de la Isla de Cuba nombró una comisión para que asesorara a estos comisionados, entre ellos figuraba el doctor Carlos J. Finlay dada su dedicación a las investigaciones sobre la fiebre amarilla.

Finlay después que se marchó la Comisión americana que presidía el doctor Chaillé, siguió trabajando tesoneramente en todo lo que se relacionaba con la fiebre amarilla, y como médico de los padres jesuitas y carmelitas, realizó importantes trabajos experimentales, a los que se

